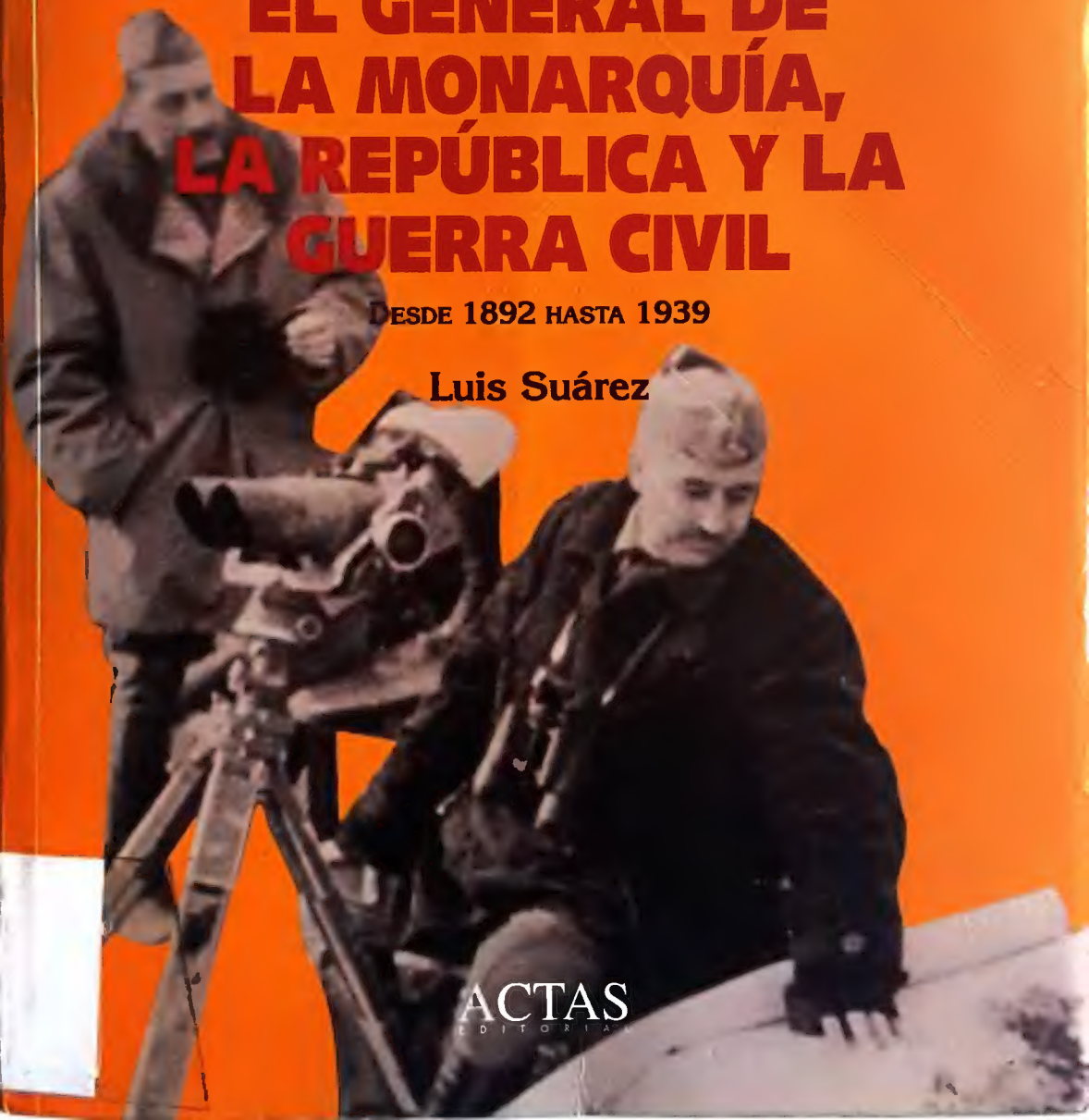
# FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

## EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

**Luis Suárez Fernández,** nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

# FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

**Plan general de la obra:**

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

# FRANCO:
# CRÓNICA DE UN TIEMPO

## EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
## Desde 1892 hasta 1939

# ÍNDICE

Página

**Nota previa** ..... 13
**Introducción general. Franco, crónica de un tiempo** ..... 15

**PRIMERA PARTE**
**FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA**

**Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino** ..... 49
I. El linaje de Franco ..... 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX ..... 54
III. Divisiones ideológicas ..... 59
IV. 1898 ..... 63
V. La aparición de los separatismos ..... 68

**Capítulo 2. La llamada de África** ..... 74
I. Origen de la cuestión marroquí ..... 74
II. La Academia de Infantería ..... 77
III. La Semana Trágica de Barcelona ..... 78
IV. El segundo teniente ..... 83
V. Marruecos, al fin ..... 85
VI. El teniente de Regulares ..... 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* ..... 91

**Capítulo 3. 1917** ..... 95
I. Oviedo ..... 95
II. Trasfondos doctrinales ..... 98
III. Los mecanismos de la revuelta ..... 101
IV. El comandante Franco y la revolución ..... 108

**Capítulo 4. Diario de una bandera** ..... 112
I. La primera idea de la Legión ..... 112
II. Dar Riffien ..... 117
III. De Uad Lau a Xauen ..... 121
IV. Annual ..... 125
V. Dar Drius ..... 127

**Capítulo 5. El camino de Alhucemas** ..... 131
I. El fin de la Restauración ..... 131
II. Franco, al frente de la Legión ..... 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera ..... 140

IV. La hora sombría de Xauen ..... 143
V. Alhucemas ..... 147

**Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza** ..... 154
I. El general más joven de Europa ..... 154
II. El nombramiento de director de la Academia ..... 158
III. El fin de la Dictadura ..... 163
IV. El «error Berenguer» ..... 167

**Capítulo 7. 1931** ..... 173
I. Franco y el 14 de abril ..... 173
II. Antimilitarismo ..... 178
III. Anticlericalismo ..... 182
IV. Cierre de la Academia General ..... 188

**Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica** ..... 191
I. La declaración ante el comité del Congreso ..... 191
II. La Constitución de 1931 ..... 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo ..... 202
IV. La Comandancia General de Baleares ..... 208

**Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo** ..... 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia ..... 213
II. La doctrina falangista ..... 218
III. Victoria electoral de la CEDA ..... 222
IV. Ascenso a general de División ..... 227

**Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre** ..... 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista ..... 233
II. La toma de decisión ..... 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra ..... 240
IV. Las consecuencias ..... 245

**Capítulo 11. Reorganizar el Ejército** ..... 249
I. La evolución falangista ..... 249
II. Franco, jefe del Ejército de África ..... 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor ..... 255
IV. El fin de Lerroux ..... 261

**Capítulo 12. La tentación resistida** ..... 265
I. Diciembre, 1935 ..... 265
II. Las opciones preelectorales ..... 268
III. El resultado de la votación ..... 273
IV. Cinco días de febrero ..... 276

## SEGUNDA PARTE
## GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO


**Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento** ..... 285
I. El fin de Alcalá Zamora ..... 285
II. La candidatura por Cuenca ..... 290
III. Los antecedentes de la conspiración ..... 294

**Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón** ..... 301
I. La carta a Casares Quiroga ..... 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados ..... 307
III. Galicia saluda a Francia ..... 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general ..... 315

**Capítulo 15. Internacionalización del conflicto** ..... 320
I. Cuatro días de julio ..... 320
II. Equilibrio de fuerzas ..... 327
III. La búsqueda de mercados ..... 330
IV. El «pecado original» de Franco ..... 335
V. La posición ideológica inicial de Franco ..... 339

**Capítulo 16. Cruzar el Estrecho** ..... 343
I. La firme decisión ..... 343
II. Por aire y por mar ..... 345
III. Los barcos que la cruzaron ..... 349
IV. De Sevilla a Talavera ..... 352

**Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado** ..... 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento ..... 361
II. La caída de Talavera produce cambios ..... 366
III. Hora de decisiones ..... 371
IV. El Decreto ..... 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo ..... 380

**Capítulo 18. Los cambios políticos internos** ..... 385
I. El ascenso de los totalitarios ..... 385
II. Salamanca, Cuartel General ..... 388
III. Salvar a José Antonio ..... 392
IV. La difícil cuestión vasca ..... 399
V. Don Miguel de Unamuno ..... 403

**Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida** ..... 408
I. El proyecto de No Intervención ..... 408
II. La marcha sobre Madrid ..... 412
III. El asalto a Madrid ..... 417

**Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia** ..... 423
I. La idea de enviar «voluntarios» ..... 423
II. La muerte de José Antonio ..... 426
III. El acuerdo hispano-italiano ..... 429
IV. Batallas en torno a Madrid ..... 432
V. Las gestiones del doctor Junod ..... 437

**Capítulo 21. Del altar y del trono** ..... 441
I. La actitud inicial del Vaticano ..... 441
II. Las primeras gestiones de Gomá ..... 445
III. Masonería ..... 448
IV. Perspectivas de restauración ..... 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención ..... 454

**Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia** ..... 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire ..... 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso ..... 458
III. De nuevo la No Intervención ..... 462

**Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política** ..... 466
I. Rumores salmantinos ..... 466
II. *Mit brennender Sorge* ..... 470
III. El Decreto comienza a gestarse ..... 474
IV. Tres noches de abril ..... 477
V. Prisión de Manuel Hedilla ..... 482
VI. Proceso y sentencia ..... 485

**Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica** 491
I. Los voluntarios vasco-navarros ..... 491
II. La Cuaresma de España ..... 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya ..... 500
IV. El bombardeo de Guernica ..... 503
V. Las concesiones de Franco ..... 506
VI. Gomá y Pizzardo ..... 510

**Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio** ..... 513
I. Los obispos deben pronunciarse ..... 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola ..... 515
III. Incidentes internacionales ..... 519
IV. Al fin, Bilbao ..... 522
V. El Vaticano reconoce a Franco ..... 526

**Capítulo 26. La decisión de Brunete** ..... 534
I. Eliminación del POUM ..... 534
II. *Animal Farm* ..... 536
III. ¿Victoria o derrota? ..... 539

IV. La consecuencia: Santander ..... 542
V. Belchite ..... 545
VI. El final del frente Norte ..... 547

**Capítulo 27. Construir el Movimiento** ..... 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica ..... 550
II. El anuncio de la Monarquía ..... 553
III. Los Estatutos del Movimiento ..... 557
IV. Las dificultades internas ..... 561

**Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich** ..... 566
I. ¿Beligerancia? ..... 566
II. La conferencia de Nyon ..... 569
III. Alemania presenta sus demandas ..... 572
IV. El proyecto Montana ..... 575

**Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma** ..... 580
I. Consejo Nacional del Movimiento ..... 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel ..... 585
III. En las horas bajas ..... 589
IV. La ruptura con la Hisma ..... 591

**Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura** ..... 594
I. El Consejo de Ministros ..... 594
II. Las primeras acciones del Consejo ..... 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer ..... 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano ..... 605
V. El fracaso de Manuel Irujo ..... 609

**Capítnlo 31. Mare Nostrum** ..... 613
I. La decisión de febrero ..... 613
II. El Fuero del Trabajo ..... 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general ..... 620
IV. La batalla de Aragón ..... 622

**Capítulo 32. Final del Proyecto Montana** ..... 627
I. Las decisiones de Negrín ..... 627
II. Dirigismo estatal deliberado ..... 630
III. De nuevo el freno en los avances ..... 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana ..... 637
V. La ley de Minas ..... 643

**Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich** ..... 646
I. Los planteamientos militares ..... 646
II. El estancamiento ..... 650
III. La crisis sudete ..... 653
IV. La victoria en el Ebro ..... 658

**Capítulo 34. Barcelona** ..... 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich ..... 662
II. Los últimos esfuerzos de paz ..... 666
III. El avance hasta Barcelona ..... 669
IV. El final del Régimen Republicano ..... 675

**Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid** ..... 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern ..... 678
II. Proyectos para una capitulación ..... 681
III. Los cuatro días de marzo ..... 688
IV. La liquidación de la guerra ..... 690

**Notas**
Notas al Capítulo 1 ..... 694
Notas al Capítulo 2 ..... 697
Notas al Capítulo 3 ..... 701
Notas al Capítulo 4 ..... 703
Notas al Capítulo 5 ..... 705
Notas al Capítulo 6 ..... 708
Notas al Capítulo 7 ..... 709
Notas al Capítulo 8 ..... 713
Notas al Capítulo 9 ..... 716
Notas al Capítulo 10 ..... 719
Notas al Capítulo 11 ..... 721
Notas al Capítulo 12 ..... 723
Notas al Capítulo 13 ..... 725
Notas al Capítulo 14 ..... 729
Notas al Capítulo 15 ..... 732
Notas al Capítulo 16 ..... 736
Notas al Capítulo 17 ..... 739
Notas al Capítulo 18 ..... 743
Notas al Capítulo 19 ..... 747
Notas al Capítulo 20 ..... 749
Notas al Capítulo 21 ..... 751
Notas al Capítulo 22 ..... 753
Notas al Capítulo 23 ..... 755
Notas al Capítulo 24 ..... 760
Notas al Capítulo 25 ..... 764
Notas al Capítulo 26 ..... 768
Notas al Capítulo 27 ..... 769
Notas al Capítulo 28 ..... 771
Notas al Capítulo 29 ..... 773
Notas al Capítulo 30 ..... 775
Notas al Capítulo 31 ..... 779
Notas al Capítulo 32 ..... 781
Notas al Capítulo 33 ..... 783
Notas al Capítulo 34 ..... 785
Notas al Capítulo 35 ..... 787

## NOTA PREVIA.

*Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.*

*Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.*

*Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.*

*Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.*

***L.S.F.***

# SEGUNDA PARTE

# GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 19

# MADRID: LA BATALLA PERDIDA.

## 1. EL PROYECTO DE NO INTERVENCIÓN.

**1.** La larga marcha ejecutada por el Ejército de África, que el Gobierno Giral no había conseguido en ningún momento detener, cambió los esquemas en el planteamiento de la Guerra Civil: a finales de julio Leon Blum estaba convencido de que bastaba proporcionar suministros al Gobierno de Madrid para que éste acabase con la rebelión. En su discurso ante la Cámara el premier francés explicó estas cosas (27 de julio) y cómo a Francia convenía que un Gobierno amigo se instalase al otro lado de los Pirineos, y Franco no podía ser ese Gobierno amigo. A Francia no convenía en absoluto su victoria pues Alemania e Italia, que le ayudaban, tenían aspiraciones sobre Canarias y Baleares respectivamente: lo importante, de momento, era impedir que los suministros alemanes e italianos llegasen, pues sin ellos, el alzamiento estaba perdido. Todo esto era cierto; en la primera fase de la contienda el Frente Popular había conseguido frenar a los militares sublevados y las fuerzas estaban niveladas; bastaba para acabar con la rebelión forzar el desequilibrio mediante ayudas. Así nació la idea de la no intervención.

Los dos bandos padecían un fuerte endeudamiento exterior. Sobre el papel parecía que la posición del Frente Popular era infinitamente mejor porque disponía de las reservas metálicas. Por eso el Gobierno francés pudo proponer el 7 de agosto, tras la breve conferencia de Londres el día 5, una fórmula que comprometiese a todas las potencias a cesar en sus ventas de material de guerra a España, bien entendido que la prohibición no sería operativa mientras *todos* –y esto afectaba a la URSS, Portugal, Alemania, Italia y EE.UU. por lo menos– no se hubiesen comprometido. Había un tiempo por delante para que el Gobierno de la República, pagando al contado, se aprovisionase de manera decisiva. Utilizando las divisas exportadas a Francia, que alcanzarían 174 toneladas en marzo de 1937, el embajador, Álvaro de Albornoz, pudo firmar un contrato, el 8 de agosto de 1936, con la Societé Europeenne d´etudes et entreprises que iba a encargarse de la organizacion de las compras y envíos percibiendo un interés moderado del 7,5%.[1] Ello no obstante, cuando en París y Londres

se dio oficialmente noticia del proyecto de no intervención, el 15 de agosto, Albornoz presentó una protesta: la calificaba de injerencia en los asuntos internos y significaba poner a un Gobierno legítimo en el mismo plano que unos militares sublevados. Alemania, Italia y Portugal anunciaron muy pronto su adhesión: el Reich estaba especialmente interesado en impedir que los soviéticos se instalasen en España; exigió como condición previa que el Gobierno de Madrid le indemnizase por los daños causados a sus buques y por la pérdida de un avión Ju-52, secuestrado en Barajas y destruido después en un bombardeo. Italia, al adherirse el 21 de agosto, exigió que se considerase también a los voluntarios como material de guerra. La adhesión portuguesa tuvo lugar el día 23.

Algunas veces se tiene la impresión de que el Comité de No Intervención fue una especie de burla porque nadie estaba dispuesto a cumplir con el compromiso. Había muchos intereses económicos en juego. Cuando el Gobierno de Madrid decretó el bloqueo de los puertos «nacionales» prohibiendo el acceso a buques extranjeros, no fue sólo Alemania la que protestó: el Reino Unido y Norteamérica advirtieron que no entraba dentro de sus atribuciones y no estaban dispuestos a tolerarlo. La conclusión más correcta a que están llegando los investigadores es distinta. Cada grupo de potencias deseaba el triunfo de los suyos en la guerra pero, sobre todo, impedir que los enemigos pudieran instalarse en la península: de ahí la perplejidad británica a la que en modo alguno convenía la presencia germana, pero tampoco la soviética. De modo que la localización del conflicto a todos parecía deseable pero ganando tiempo a fin de aprovisionar suficientemente a los suyos antes de que el cordón sanitario pudiera entrar en funcionamiento.

**2.** Franco no disponía de reservas metálicas –la recogida de donativos entre personas privadas tenía algo de propagandístico pero escasa eficacia– ni tampoco de divisas. Sólo la generosidad de la Texaco y ciertas actitudes de la prensa británica le brindaban algunas esperanzas: necesitaba creditos y sabia que éstos no iban a llegarle mientras no consiguiese victorias. También tenía las exportaciones agrícolas y mineras. Éstas, que todavía en 1936 discurrían a un ritmo de 951.164 libras mensuales, descendieron hasta detenerse en 706.000.[2] Una de las razones de esta disminución estaba probablemente en la rigidez de los cambios que el propio Franco impusiera, pero lo más importante era el grado de destrucciones que estaba provocando la guerra. Ignoramos cuál fuese el montante global de las exportaciones republicanas, que disponían de los cítricos de la región levantina.

En su esfuerzo para allegar fondos sólidos, la Junta Técnica apeló, además de a los «patrióticos donativos», a una suscripción nacional pidiendo a cuantos tuviesen cuentas en el extranjero o depósitos de metales preciosos que los pusieran a disposición de las nuevas autoridades, sin donarlos, pero ayudando de este modo poderosamente a la causa. De este modo obtuvo tres toneladas y media de oro, algunas cantidades de plata, poco menos de un millón de libras, seis millones de francos, millón y medio de dólares, cinco millones de escudos y poco más de dos millones de liras.[3] Éste fue el heterogéneo fondo de divisas de que pudo disponer, gran éxito para la Junta Técnica; unido a la generosidad de los créditos italianos, permitió una amplia maniobra. Las dificultades financieras de los «nacionales» durante la guerra no fueron especialmente graves.

Más importante aún que estas concretas disponibilidades económicas era la corriente de simpatía creciente que, en el interior mismo de los países democráticos, se estaba formando: por mucho que fuera el temor que inspirara un hipotético aprovechamiento germano-italiano de su ayuda, los sectores conservadores no podían dejar de contemplar con pavor lo que estaba sucediendo en la zona «roja», una especie de repetición de la revolución soviética. Los periódicos hablaban de atrocidades entre los sublevados, pero también llegaban a sus noticias otras espeluznantes de la otra banda. Cuando el lunes 7 de diciembre de 1936 William P. Carney publicó en *The New York Times* el artículo que hemos mencionado,[4] la opinión pública anglosajona se estremeció. Y muchos comenzaron a pensar que, a fin de cuentas, era preferible que ganase Franco. Las influencias se estaban repartiendo. El Frente Popular contaba sin embargo en Norteamérica con poderosos «lobby» del Partido Demócrata como el constituido en torno a la primera dama Eleanor Roosevelt o al clan de los Kennedy.

Alemania y la URSS se adhirieron al acuerdo de No Intervención el 24 de agosto de 1936 y de este modo pudo formalizarse el 8 de setiembre la creación del Comité encargado de establecer la vigilancia. Este Comité celebró su primera sesión en Londres el día 9 y prácticamente no acordó nada: no estaban seguros sus miembros de qué debía considerarse material de guerra y todavía no se planteaba la cuestión de los voluntarios que, en gran número, y rodeados de gran entusiasmo, viajaban hacia España en trenes franceses.[5] Los Estados Unidos se sumaron a la no intervención decretando una prohibición de venta de armas. La Embajada argentina en Londres lanzó una propuesta tímida de diferente solución: imponer a los contendientes una negociación.

**3.** El 9 de setiembre, cuando se reúne el Comité de No Intervención, las circunstancias bélicas en España habían cambiado mucho: la resonante caída de Talavera demostró que el Gobierno de la República iba a ser derrotado sin remedio a menos que se produjera una intervención eficaz. El coronel Puigdendolas, protagonista muy principal en la desastrosa retirada, explicó a Largo Caballero y a su «Gobierno de la Victoria», que, para vencer al Ejército que venía de África, era necesario disponer de otro tan organizado como aquél. Los comunistas confirmaron esta impresión y hasta los anarquistas acabaron plegándose a esta necesidad. Largo Caballero comenzó disolviendo los Comités, dejando sólo el Comisariado político de Álvarez del Vayo, como hemos indicado. Luego disolvió todas las unidades del Ejército pidiendo a los jefes y oficiales que solicitasen el reingreso, a fin de concederlo a quienes acreditasen adhesión al régimen; fue una drástica depuración que, en más de un caso, terminó en el fusilamiento. El 11 de setiembre un decreto sometió a las milicias a la disciplina militar.[6]

La creación de un Ejército exigía tiempo y mayores cantidades de armas de las que se disponía. Largo Caballero decidió emplear todas las reservas de oro; era cuestion de vida o muerte para la República. El Comité de No Intervención constituía un estorbo, especialmente si se llevaban a la práctica las medidas de vigilancia previstas en las reuniones del 9 y 14 de setiembre. Este mismo día, en la Lubianka, el siniestro edificio de Moscú, tenía lugar una reunión que otorgaría a la NKVD poderes especiales para llevar a cabo el socorro de la República española en hombres y

material. La consigna de Stalin era bien clara: había que impedir a toda costa la victoria de Franco. Significativamente el 15 de setiembre el Gobierno de Madrid pasó al Comité de No Intervención una nota acusatoria contra Alemania, que estaba ayudando a los rebeldes. Era verdad, pero silenciaba que él mismo estaba recibiendo ayuda mayor. La nota española, seguida de otras denuncias, se pasó el 2 de octubre a todos los firmantes del Pacto. Los soviéticos amenazaron con retirarse y Alemania, Italia y Portugal presentaron a su vez las acusaciones contra la URSS y Francia. Nadie cumplía y eso era evidentemente cierto. El 23 de octubre Stalin anunció enfáticamente que se retiraba del Comité: los envíos de hombres y material en los meses siguientes fueron, sencillamente, abrumadores. La réplica Alemana fue el envío del almirante Canaris, que ya hemos anotado en el capítulo anterior, anunciando la constitución de la Legión Cóndor.

Iba a comenzar la batalla de Madrid y se esperaba que produjese la decisión. De momento ninguna de las partes en conflicto –y éste se parecía más que nunca a un enfrentamiento entre los dos bloques– quería que se les pusieran obstáculos al despliegue. A finales de septiembre los agentes consulares alemanes en Odessa, Ankara y Barcelona, pasaron el aviso de que el Mediterráneo era un hervidero de barcos que afanosamente transportaban material. Antes de fin de año 400 carros de combate y 132 aviones, con sus dotaciones soviéticas completas, estaban en España.[7] Mussolini preparaba ya sus divisiones y Alemania sus pilotos de guerra.

**4.** La ayuda soviética, como la de ningún otro país, no fue gratuita. Tampoco generosa: la URSS no otorgó créditos a pagar en el futuro sino que solicitó la constitución de depósitos en metales preciosos. A mediados de septiembre el Gobierno de la República, que desde julio estaba vendiendo oro, como sabemos, tomó la decisión de enviar las reservas del Banco de España a un lugar más seguro, ya que de ellas dependía toda su gestión exterior. Este traslado se hizo a Cartagena y estaba concluido el 21 de setiembre: eran 10.000 cajas conteniendo 200.000 pesetas oro cada una, equivalentes a 40.000 dólares. El 25 de octubre de 1936 la mayor parte de este oro fue embarcado con destino a la URSS, en donde se constituyó un depósito[8] a partir del 6 de noviembre: la exportación había sido autorizada por un decreto del 7 de octubre.[9] En total se depositaron en la URSS 7.800 cajas con un montante global de 510.079,5923 kilos. Otras 3.120 cajas se enviaron a Francia: la suma de todas las remesas arroja el resultado de 10.920 cajas, es decir, el total de las disponibilidades del Banco de España al comienzo de la guerra.

Se entendía que se trataba únicamente de un depósito de garantía en seguridad, como era el constituido en Mont-de-Marsan para atender a los créditos que iban a negociarse. Pero cuando el embajador español en Moscú, Manuel Pascua, solicito del Gobierno soviético un crédito, éste le fue negado y el Gobierno del Frente Popular hubo de disponer, desde el 16 de febrero de 1937 la venta de tales depósitos. Hasta abril de 1938 se vendieron 426 toneladas; otras 35 se inmovilizaron como garantía del préstamo de 70 millones de dólares que finalmente la URSS otorgó en el mes de febrero de este último año, con un interés del 3%. En agosto de 1938 la República disponía únicamente de tonelada y media, esto es, 450.000 dólares. Los precios de material de guerra soviético eran muy elevados.[10]

La cuestión del «oro de Moscú» fue una de las más utilizadas después –junto

a los envíos a México en el vapor «Vita»– por la propaganda del Régimen para acusar al Gobierno de la República. El sacrificio económico a toda España, la presente y la futura, al privarla de sus reservas sin posibilidad de recuperación puesto que no se trataba de un depósito, como en el caso francés, unido a las destrucciones que la guerra causó, justificaba el pesimismo de Indalecio Prieto que se refirió a dos generaciones de españoles condenadas a la miseria. Al final no fue tanto pero es indudable que la pérdida de este oro, la necesidad de rescatar los importantes depósitos en Francia y la deuda con Alemania –no la de Italia que fue de lenta y matizada devolución aunque al final se saldó– figuran entre las causas principales de la dramática situación que en España se padeció hasta 1946. Diez años de sufrimiento, no cabe duda, fueron precio muy serio. La Junta de Defensa y luego el propio Franco, presentaron protestas ante los Gobiernos europeos con quienes tenían alguna clase de relaciones, aun muy tenues, alegando que el Gobierno de la República no tenía derecho a disponer de bienes que, siendo depósito de garantía en un Banco privado –hasta la época de Mariano Navarro Rubio no se convertiría en Estatal el de España– pertenecían a toda la nación y no a un sector político de la misma. De este modo se planteaba una cuestión difícil de resolver.

El Gobierno de Madrid afirmaba que, siendo en aquellos momentos el legítimo de España, tenía derecho, en defensa de esta legitimidad, a echar mano de todos los recursos a su alcance, como en la otra zona, carente de dicha legitimidad sus enemigos estaban haciendo. La protesta de Franco se apoyaba en el argumento de que ese derecho, que es administración de sus bienes, no podía hacerse extensivo a los bienes mismos: del mismo modo que ningún Gobierno está autorizado a vender una isla o un trozo de suelo español –argumento que sería prodigiosamente esgrimido por Serrano Suñer ante Hitler– tampoco podía liquidar las reservas de oro. Por eso Larraz, primer ministro de Hacienda de Franco, al reclamar los depósitos de Mont-de-Marsan tuvo buen cuidado en asumir las deudas que, con cargo a aquéllos, el Gobierno del Frente Popular había contraído. La URSS, ni siquiera cuando se iniciaron contactos que ella deseaba, admitió abrir ninguna vía de conversación sobre este tema: desde su punto de vista ella había vendido unas armas que le habían sido pagadas con oro; nada más.

## II. LA MARCHA SOBRE MADRID.

**1.** En los planes que se hicieron para el Alzamiento militar se admitía el principio de que en Madrid la insurrección iba a fracasar, y, por consiguiente, que las fuerzas sublevadas debían converger sobre la capital, cuya ocupación era el objetivo final y decisivo. Mola no pudo alcanzarlo, pues las unidades a su mando se vieron frenadas en la cordillera. Después de la llegada a Maqueda y de la liberación de Toledo existía de nuevo la posibilidad de conseguirlo con el Ejército de África. Mucho se ha discutido y seguirá discutiendo acerca de si Franco renuncio deliberadamente a la conquista de Madrid; incluso se ha insinuado que buscaba la prolongación de la guerra a fin de consolidar su propio poder. Esto no parece verosímil ya que una victoria en Madrid en aquellos momentos le hubiera revelado como invencible capitán a quien nadie podía detener. Pero las fuerzas de que disponía, al término de la agotadora

marcha desde Almendralejo eran muy exiguas y hacía falta tiempo para reconstruirlas. La única posibilidad de éxito se basaba en el pánico reinante entre los enemigos.

Madrid era una ciudad siniestra, acometida de todos los miedos imaginables, sometida a terror: las milicias armadas, encolerizadas por sus propias derrotas que los que llegaban del frente exageraban para justificar su incompetencia, se volvían con furor contra todos los sospechosos.[11] La crueldad se revestía del tono que suelen padecer las querellas religiosas, y «oler a misa» en aquel Madrid del otoño de 1936 pasaba por ser el más horrendo crimen: las iglesias habían sido saqueadas e incendiadas o convertidas en almacenes y cuarteles. Cada vez que se producía un bombardeo de los «nacionales» –en setiembre eran relativamente frecuentes– arreciaban también las represalias. Los partidarios de Franco contaban por horas de angustia el tiempo que, a su juicio, faltaba para que las tropas viniesen a liberarlos. Todo esto significaba debilidad. Así se explica que el 6 de octubre Franco dijera al general Varela: «tú siempre tienes suerte; haz un intento para tomar Madrid; si nos damos prisa, aún podemos conseguirlo». Pero el condicional revela muchas cosas.

Resulta muy probable, dadas las actividades de los servicios de información, que Franco conociese los resultados de la reunión de la Lubianka del 14 de setiembre. De todas formas los esfuerzos de Largo Caballero para la creación del nuevo Ejército Popular a partir del 11 de setiembre, no podían pasar desapercibidos. Al mismo tiempo que el Generalísimo traspasaba a Mola el mando sobre lo que aún quedaba del Ejército de África, la *Gaceta* publicaba en Madrid la creación de una Junta de Defensa de la capital presidida por el general Sebastián Pozas.[12] Pozas, en realidad, sustituía a Castelló que, ante la noticia de que un hermano suyo había sido asesinado por las milicias, buscó refugio en la Embajada francesa, temiendo sufrir la misma suerte, y acabó abandonando España con pasaporte proporcionado por esta legación.

No es objeto de este libro una descripción minuciosa de la batalla de Madrid, cuestión debatida, aclarada y explicada por especialistas hasta tal punto que hoy estamos bastante seguros de conocerla, aunque sí resulta imprescindible la secuencia de datos por el influjo que dicha batalla ejerció en el conjunto de la obra de Franco. El 29 de agosto, con la llegada del embajador soviético Marcel Rosenberg, que no tardaría en convertirse en consejero de Largo Caballero, comenzó a perfilarse la decisión, que Stalin recomendara: había que defender Madrid a toda costa pues en esta defensa podría demostrarse que el fascismo europeo podía ser vencido. En pocas semanas los tres hoteles madrileños, Palace, Florida Gaylor's y Gran Vía, se poblaron de consejeros soviéticos. Era preciso que la ciudad resistiese hasta que las fuerzas que iban a acudir en su socorro se organizasen. Los dos slogan esenciales, que se publicaron en el *ABC* y fueron objeto de numerosos carteles, algunos de excelente factura, eran: «No pasarán nunca» (frase repetida hasta la saciedad por la Pasionaria) y «Madrid debe ser y será la tumba del fascismo».

**2.** El Ejército que debía encargarse de obtener esta victoria en Madrid sería el resultado de la convergencia de tres fuerzas: las Milicias reorganizadas y sometidas a disciplina, las nuevas reclutas resultado del llamamiento de quintas y de su encuadre por los oficiales que demostrasen inquebrantable adhesión, y los voluntarios internacionales. Una superioridad técnica se proporcionaría a tales fuerzas mediante las

fuerzas acorazadas y de aviación que serían enteramente soviéticas. Los primeros «internacionales» llegaron a Albacete el 14 de octubre procedentes de París e inmediatamente comenzó su adiestramiento: de que éste se hiciera de acuerdo con las directrices comunistas, se encargaron tres personajes a quienes, popularmente, se denominó «troika»: André Marty, que figuraba como comandante en jefe, Luigi Longo, que figuraba como inspector general, y Giuseppe de Vittorio que era comisario político. De modo que el control comunista quedó asegurado con mano firme: los que se desviaban podían ser simplemente ejecutados.[13]

Al día siguiente, 15 de octubre, siguiendo los consejos de Rosenberg, Francisco Largo Caballero asumió el mando supremo del Ejército asegurando de este modo su unidad. Los generales iban a actuar al menos teóricamente a sus órdenes. Desde luego estarían sometidos a estricta vigilancia política de los comisarios: al lado de Julio Álvarez del Vayo, actuaron Antonio Mije como vicecomisario general y José Laín Entralgo, que dirigiría la Escuela de formación de comisarios políticos. Se trataba, inequívocamente, de repetir en España lo mismo que en Rusia, gracias a Trotski, Derzinski y otras personas, diera tan buen resultado. El 31 de octubre Franco comentaría con sus colaboradores que «la situación internacional y la inmediata ayuda que el enemigo espera obtener del extranjero, obliga a precipitar el avance sobre Madrid y su ocupación, teniendo en cuenta que un simple retraso puede acarrear perjuicios considerables».[14] Este comentario parece desvirtuar la hipótesis del retraso deliberado en la ocupación de Madrid. Parece más correcto suponer que Franco quiso, pero no pudo.

Franco y sus generales atribuyeron el fracaso experimentado en Madrid a la intervención de las Brigadas Internacionales. Lo mismo hizo la propaganda republicana. Pero esta coincidencia no significaba que el aserto fuese verdadero sino que era versión que a ambos convenía sostener: a los «nacionales» porque de esta manera justificaban lo que en definitiva debía considerarse como una derrota; y a los «rojos» porque de este modo destacaban que su causa era la del socialismo mundial y que Europa entera estaba en juego. Por otra parte y desde el punto de vista estratégico, el resultado de la batalla de Madrid tiene mucho de empate: no se había llegado a la decisión buscada y ésta tendría que procurarse más adelante. Los generales de Franco conservaron todas sus posiciones, incluso el absurdo Clínico, y despojaron a Madrid de su papel de capital de la nación obligando al Gobierno a instalarse en otra parte; Miaja y los suyos demostraron, en cambio, que cuando podían hacer la guerra sin injerencias de los políticos, sabían hacerla.

Como factores decisivos deben considerarse también algunos otros, como por ejemplo la dirección de Miaja y de Vicente Rojo, profesor de Táctica en la Academia Militar de Toledo y muy experto en su cometido,[15] la disciplina que los comunistas, y no los anarquistas, eran capaces de imponer, y, desde luego, la superior calidad y número del material bélico ruso que entró por primera vez en juego en esta ocasión tan importante. Las Brigadas Internacionales, en cambio, no desempeñaron papel tan decisivo en Madrid como en otros frentes más tarde.

**3.** La primera decisión de Mola, al asumir el mando de todas las fuerzas llamadas del Norte, consistió en cerrar las líneas obligando al enemigo a replegarse a toda prisa ante el temor de quedar embolsado; así, entre los días 3 y 7 de octubre procedió a

ocupar San Martín de Valdeiglesias y Santa Cruz de Retamar apoyándose en la ribera del Guadarrama: ahora todo el frente, desde Somosierra hasta Toledo, formaba un solo arco, todavía muy amplio, en torno a Madrid. Había que reducirlo hasta que llegara a convertirse en el dogal que ahogase a la capital. Para estas operaciones no contaba, de acuerdo con la estrategia de Foch o Klausewitz, las más usadas en España, con fuerzas suficientes: el cerco de Madrid fue una extraña empresa en que los defensores eran más numerosos que los atacantes; de modo que Pozas o Miaja estuvieron constantemente en condiciones de lanzar fuertes contraataques. Tras el cierre de sus líneas, Mola proyectó un doble ataque, por el norte utilizando como eje la carretera de Ávila a El Escorial, contando además con el apoyo que proporcionaban las posiciones elevadas del Alto de los Leones, y por el sur partiendo de las bases entre Maqueda y Toledo.

Pero el ataque por el norte fracasó: los «nacionales» consiguieron apoderarse de las Navas del Marqués y Robledo de Chavela pero en Peguerinos y Santa María de la Alameda la resistencia enemiga les contuvo primero y les obligó a abandonar sus posiciones avanzadas después. En consecuencia la marcha sobre Madrid, en esta fase decisiva de la guerra, tuvo lugar desde el sur, y Varela fue principal protagonista. Los avances registrados entre los días 6 y 12 de octubre, cuando cayeron Cebreros, Escalona y Navalperal, estimularon el optimismo de los atacantes: los milicianos seguían huyendo desconcertados porque, aunque eran muy valientes, no conseguían organizarse sobre el terreno. Los días siguientes se señalaron por nuevos avances: Añover, Valmojados, la Chapinería. El 18 de octubre llegó a Madrid la noticia: Illescas estaba en poder de los militares.

Azaña estaba, con el Gobierno en pleno, asistiendo en un cine de la Gran Vía al estreno de la película soviética *Los marinos de Kronstadt,* una curiosa falsificación de la propaganda stalinista pues los rebeldes contra la Revolución eran presentados como héroes de la misma. El Presidente de la República abandonó el local, tomó su automóvil oficial y huyó a Barcelona. Su actitud, que hubo de ser ocultada mediante el anuncio eufemístico de que se hallaba inspeccionando los frentes, era ya de abierta ruptura con sus colegas. Aquella oleada de violencia, aquel desprecio a las normas jurídicas, aquella guerra, en definitiva, le resultaban insoportables. Como explicaría luego en *La velada en Benicarló,* había llegado a convertirse en un prisionero de la situación que ni comprendía ni compartía, pero de la que no le era posible escapar. Largo Caballero quedó sólo al frente del Ejecutivo, pero los propios mandos militares comenzaron a darle a entender que la presencia del Gobierno en Madrid era más bien un estorbo para las operaciones militares. Asensio y Pozas llegaron a proponer incluso la evacuación de la capital para librar la batalla sobre el Jarama con libertad de movimientos.

De hecho Varela había tomado Illescas el 17. Pozas concentró en este punto sus reservas y lanzó un fuerte contraataque desde el 19 de octubre. Pero los nacionales resistieron y, mientras tanto, Yagüe adelantaba las líneas en el flanco izquierdo apoyándolas en Navalcarnero, Brunete y Sevilla la Nueva: se contemplaban a lo lejos los perfiles de Madrid. Desde el 24 de octubre Varela pudo reanudar el avance hasta alcanzar la Cuesta de la Reina y la localidad de Seseña: también contaba con Griñón y los dos Torrejones. Pozas asumió el mando único, desplazando a Asensio, para cumplir la consigna de resistir.

Se trataba, en definitiva, para los mandos republicanos, de ganar tiempo hasta que el Ejército rojo que se estaba formando, pudiera entrar en acción. Franco y Mola sabían que llegaban ya por Alicante y Cartagena los grandes envíos soviéticos: se trataba, según los informes, de 50 carros de combate pesados, 25 blindados con cañón de retrocarga, 50 baterías y muchos aviones. Desde Italia los nacionales habían enviado diez carros ligeros y 54 piezas de artillería, de modo que cuando todo esto entrase en fuego los que marchaban sobre Madrid se encontrarían sin cobertura aérea y en gran inferioridad de condiciones. La calidad del material italiano y aun la del alemán era todavía pobre en comparación con el de la URSS; la guerra de España serviría para que el Reich acelerara el progreso de su industria bélica: algunas de las armas de la Segunda Guerra Mundial, como los antitanque 88 y los Messerchmitt, se probaron aquí. Pero cuando se cernía el crepúsculo sobre Madrid nada podía compararse a los envíos rusos. Las órdenes dictadas por Franco y Mola entre los días 19 y 31 de octubre de 1936 evidencian esta doble conciencia: había que aprovechar el momento en que el enemigo estaba desmoralizado para acelerar la marcha; si se esperaba demasiado tiempo entrarían en acción los refuerzos extranjeros y las cosas cambiarían.

**4.** Para evitar el desplazamiento de reservas desde la Sierra los nacionales emprendieron continuas acciones de hostigamiento en Guadarrama y Navacerrada. Es cierto que, durante todo el tiempo que duraron las operaciones, el mando republicano se vio obligado a retener en El Escorial, y en los pueblos de Guadarrama y Navacerrada como en Torrelodones, unidades inactivas. Siguiendo órdenes de Mola la División de Soria se apoderó de Sigüenza en medio de duros combates los días 9 y 10 de octubre: los milicianos anarquistas protagonizaron aquí una de las acciones más brillantes de la guerra al resistir dos días encerrados en la catedral. Pozas contemplaba con más preocupación los avances de Yagüe y de Varela: desde Brunete era fácil alcanzar Móstoles y Fuenlabrada cerrando la tijera con los que habían llegado a Seseña. Largo Caballero, que no quería abandonar Madrid al enemigo, decidió emplear a los soviéticos antes de que existiera la preparación conveniente. Así se libró la batalla de Seseña.

El mariscal soviético Voronov, ante el temor de que el avance de Varela, reanudado el 24 de octubre tras su victoria de Illescas, sembrara el pánico entre los soldados, recomendó también emplear los carros de combate para quebrar el avance: el coronel Krivoshein los mandaría, yendo en su apoyo la Primera Brigada de Enrique Líster, la hija predilecta del Quinto Regimiento. Mientras tanto Puigdendolas, reagrupando las unidades en retirada, contraatacaría más al norte, en Griñón. Todo terminó desastrosamente para los «rojos». Sus tanques atravesaron las líneas enemigas entrando en Seseña, pero la infantería que aún no conocía la táctica de operaciones combinadas, no les siguió: y aquellos pesados carros de acero se encontraron presos en las estrechas calles donde valerosos legionarios aprendieron a combatirlos con botellas inflamables. Los rusos perdieron en aquella ocasión tres valiosos tanques y hubieron de retirarse. Puigdendolas murió durante el combate y los milicianos se desbandaron. Fue en este preciso momento cuando Franco dijo a Varela como hemos anotado: haz un intento; tú siempre tienes suerte. Durante unas semanas se iba a vivir en la zona «nacional» con la conciencia de que la entrada en Madrid era inminente.

La Wilhelmstrasse fue inmediatamente informada de que los soviéticos habían entrado en acción. Seguramente esta noticia no constituyó ninguna sorpresa, puesto que con una antelación de veinticuatro horas el embajador Iván Maisky había comunicado oficialmente al Foreign Office que la URSS no se sentía ligada por ningún acuerdo de no intervención, ya que Alemania, Italia y Portugal no lo respetaban. Sobre la marcha fue tomada una decisión que sin duda estaba en el ánimo de los responsables militares alemanes desde bastante tiempo antes. Se ordenó a Canaris, según hemos dicho, que comunicase a Franco que ante su modo de llevar la guerra, se había decidido enviar un Cuerpo de aviación completo.[16]

«Dubitativas y metódicas». Así definía la Wehrmacht las operaciones llevadas a cabo hasta entonces por Franco. Advierte Alonso Baquer que el Estado Mayor alemán, decidido en favor de lo que se llamaría luego la «blitzkrieg» (guerra relámpago), tenía la convicción de que la guerra española sólo podía decidirse mediante una acción resolutiva de estrategia rápida. Pero Franco, un poco instintivamente, venía sosteniendo lo contrario: en una contienda civil lo importante es ganar territorio, lo que significa recursos y hombres para crecimiento de su Ejército. Disponía, ciertamente, de las mejores unidades, pero éstas eran pocas: si las perdía en una batalla hubiera perdido enteramente la guerra. Su zona era la menos extensa, la menos poblada y la más rural. Tenía, pues, que crear un Ejército.

La ventaja, en estas vísperas del peligroso enfrentamiento madrileño era que, en la división territorial que se había producido, las grandes masas estaban a su favor porque se trataba de regiones –como después se ha confirmado– católicas y conservadoras; las izquierdas eran en ellas minoritarias. La propaganda, al insistir en que se estaba luchando por Dios y por España, proporcionó un aglutinante muy fuerte en Andalucía, Extremadura, Toledo e incluso Guipúzcoa. De ahí surgió el enorme poder que la Iglesia llegaría a ejercer en el nuevo Régimen.

## III. EL ASALTO A MADRID.

**1.** El buen resultado de la batalla de Seseña permitió a Varela nuevos avances, bastante rápidos durante una semana, aunque se advertía mayor capacidad en la resistencia conforme se acercaban las tropas a núcleos urbanos. El 2 de noviembre Varela tenía Valdemoro, Fuenlabrada y Pinto. Los tanques rusos volvieron a atacar sin éxito y algunos vehículos que se perdieron fueron después reparados y utilizados por sus adversarios: los «cócteles Molotov», tan eficaces en la Segunda Guerra Mundial, fueron un invento español. El 4 de noviembre la tercera línea de defensa en torno a Madrid había caído y los nacionales estaban en Leganés y Getafe. El día 7 la caballería de Monasterio remontaba la cuesta del Cerro de los Ángeles, de tan profunda significación religiosa. Un poeta burgalés, Mendizábal, recogió los sentimientos de sus correligionarios diciendo en el periódico: «Madrid se ve ya muy cerca; toda Castilla está en armas». La exaltación es importante como dato pues permite medir la decepción posterior. Por estos mismos días, al tomarse Fresnedillas y Navalagamella se fortalecía la línea norte del ataque.

Se cometieron algunos dramáticos errores, debidos sobre todo al fervor de la propaganda. Se dijo, por ejemplo, que Varela disponía de cuatro columnas en mar-

cha sobre Madrid, pero también que había una «quinta columna» dispuesta a alzarse en el interior de la ciudad donde tantos partidarios de Franco esperaban con impaciencia su llegada. El 5 de noviembre la Radio nacional transmitió unas prolijas instrucciones a los madrileños «ante la inminente entrada» en la capital. Se les recomendaba permanecer en sus casas que serían escrupulosamente respetadas y no salir a la calle, donde sin duda se producirían combates. Había un tono abiertamente amenazador: los criminales que habían participado en el terror, lo que podía entenderse de modo muy amplio, recibirían el castigo a que se habían hecho acreedores. Es posible que esta última advertencia estuviese enderezada a provocar un nuevo pánico y huida de los milicianos. Pero el miedo es tan peligroso como la cólera.

A toda prisa los nacionales que habían llamado a filas los reemplazos de 1933, 1934, 1935 y el primer trimestre del 36, comenzaron a organizar cursos para oficiales provisionales porque necesitaban enviar refuerzos a ese «frente de Madrid» excesivamente largo. En el momento de iniciarse el ataque Martínez Bande calcula que Varela, con los nuevos envíos, contaba con 31 batallones de línea, 4 de cazadores y los 9 escuadrones de caballería de Monasterio, en total 30.000 hombres. Contaba con 30 cazas y 24 bombarderos para hacer frente a la aviación roja, casi toda soviética, de 56 cazas y 30 bimotores Katiuska muy superiores a los del enemigo. La batalla de Madrid, hasta diciembre, se libró siendo los «rojos» dueños del cielo, aunque no pudiesen impedir las incursiones de sus adversarios. En una orden de Pozas se dice que disponía ya de 50.000 hombres para la defensa.

La importancia de la batalla de Madrid ha sido destacada por los más diversos autores; pero además de los aspectos militares de que estuvo rodeada hay muchos aspectos políticos que deben ser tenidos en cuenta. Especialmente porque significó un cambio muy radical en la concepción de la propia contienda: los dos bandos, sostenidos desde el exterior, tuvieron que admitir que era imposible lograr una victoria rápida y, por tanto, que el resultado final de la lucha iba a depender de la capacidad que tuviesen para crear un Ejército. Franco insistió mucho, años después, en su convicción de que el éxito final consistiría en destruir y capturar al Ejército rojo: así lo expresó en el último parte, que redactó personalmente.

**2.** En su reunión del 4 de noviembre de 1936, el Gobierno del Frente Popular decidió que había que comunicar la gravedad de la situación y proceder a una remodelación de las carteras a fin de que todos los grupos apareciesen representados: cuatro anarquistas, García Oliver en Justicia, Juan Peiró en Industria, Juan López Sánchez en Comercio y Federica Montseny en Sanidad se convirtieron en los primeros ministros de dicha tendencia que hayan participado nunca en Gobiernos europeos. A pesar de lo que a veces se ha dicho, se mostraron menos conformes con el terror desatado que los otros grupos.[17] Nadie creía entonces en la posibilidad de defender Madrid con éxito y la presencia del Gobierno fue considerada como un estorbo y como un compromiso: no se podía correr el riesgo de que los ministros fuesen capturados. El día 6 de noviembre se tomó la decisión de un traslado secreto a Valencia, para evitar el pánico de los combatientes, y la entrega de todos los poderes en Madrid a una Junta de Defensa que habría de presidir el general Miaja. Algunos miembros del Gobierno sufrieron vejaciones en el control de Tarancón; los milicianos no entendían el traslado del Gobierno más que como un acto de cobar-

día. El día 8 de noviembre se celebró en Valencia el primer Consejo y se hicieron públicas las razones que aconsejaban el traslado.

En la tarde del 6 de noviembre Miaja recibió las credenciales e instrucciones: tenía que defender Madrid a toda costa el tiempo suficiente para que las nuevas Brigadas Mixtas y las Internacionales que completaban su instrucción estuviesen en condiciones de pasar a su vez a la ofensiva. Quedaba la cuestión de los numerosos prisioneros que había en las cárceles madrileñas y de su zona: ésta se trató en una reunión de altos comisarios políticos a la que asistieron asesores rusos y también Álvarez del Vayo y Santiago Carrillo que, como delegado de Orden Público de la Junta,[18] iba a ser responsable de la retaguardia. Aquí se decidió que para una mejor liquidación del problema de la «quinta» columna había que «evacuar» a los presos vaciando las cárceles. Parece que Álvarez del Vayo consultó con Largo Caballero antes de la marcha de éste y que el primer ministro accedió a la idea de la evacuación. Era evidente que la operación en sus términos estrictos de traslado a otras cárceles era imposible. Se había proyectado deliberadamente una operación de exterminio.

Éste comenzó a ejecutarse en la madrugada del 7 de noviembre: Miguel Muñoz, director general de Prisiones, firmó las órdenes que disponían la libertad de los presos por parte de los directores de las cárceles y así, entregados a las Milicias, eran llevados a la localidad de Paracuellos de Jarama y asesinados. El total de víctimas en esta operacion fue de 2.750; luego las matanzas continuaron hasta sobrepasar la cifra de 10.000 en pocas semanas. Del total de 16.500 muertos que produjo el terror madrileño, la mitad por lo menos perecieron en esta operación de limpieza[19] que, en una alocución del 12 de noviembre, fue explicada por Santiago Carrillo con estas palabras de aliento a sus seguidores: «la quinta columna está camino de ser aplastada... con la energía necesaria, con arreglo a todas las disposiciones de justicia necesarias».[20] Disposiciones que, evidentemente, no incluían procesos ni sentencias. Paracuellos fue uno de los crímenes colectivos más espectaculares de la guerra, anuncio de otros muchos que Europa iba a conocer después, y un golpe decisivo para la Flota: muchos de los asesinados eran oficiales muy expertos de la Marina y ésta era la verdadera causa de que se les juzgara dignos de muerte. Las víctimas fueron despojados de sus pertenencias personales. Katyn y el holocausto nazi son fenómenos de la misma especie en el placentero siglo XX que estaba llegando a la explosión más terrible de odio.

Cuando García Oliver, en su calidad de ministro de Justicia, fue advertido de lo que estaba pasando, se indignó: envió a Madrid a Melchor Rodríguez, otro anarquista, a quien nombrara director general de Prisiones, para que pusiera coto a los hechos, pero la Junta de Defensa se negó a reconocer su autoridad mientras no viniera refrendada por el Gobierno; sólo el 1 de diciembre tuvo poderes en regla. Evitó que los presos de Alcalá sufrieran la suerte de los de Madrid pero no pudo hacer lo mismo con los de Guadalajara. Sólo entonces, mediado el mes de diciembre, se puso fin a los asesinatos indiscriminados, aunque de todas formas seguirían registrándose violencias. El 24 de diciembre Miaja tomaría también cartas en el asunto pasando a las nuevas fuerzas de Seguridad, sustitutivas de la Policía de Asalto y Guardia Civil, la responsabilidad del orden público. Pero habían pasado meses antes de que se consiguiera con la disolución de las Milicias asegurar cierto orden en la retaguardia.

También en la zona nacional fueron los meses de octubre y noviembre los que presenciaron mayor número de represalias «incontroladas» aunque en este caso las cifras son menos precisas; conocemos únicamente los balances globales.

**3.** La «batalla de Madrid» en su sentido estricto, duró dos semanas, desde el 7 hasta el 23 de noviembre de 1936. De ella estuvo pendiente toda Europa, en especial aquellas naciones que tres años más tarde iban a enfrentarse con saña. Los consejeros soviéticos estaban presentes, Berzin al lado de Largo Caballero, Kulik con Pozas y Górev detrás de Miaja, pero esto no nos autoriza a atribuirles el mérito principal: como Franco ya anunciara a finales de agosto, las Milicias, malas para operaciones de maniobra en campo abierto, eran muy buenas cuando se trataba de luchar en las calles. Además desde la madrugada del día 7 de noviembre pudo Miaja disponer de nuevas unidades entrenadas y disciplinadas. La propaganda nacional insistía exageradamente en su convicción de que Madrid iba a caer, pero los testimonios que se refieren al propio Franco en aquellos días parecen indicar en él una convicción muy distinta: con las escasas tropas de que disponía Varela era casi un milagro que pudiera culminar la operación. La verdadera esperanza de los atacantes se apoyaba en una explosión de pánico en sus adversarios.

Varela había proyectado atraer a las fuerzas enemigas al sector situado entre los puentes de Segovia y de la Princesa, mientras su verdadero ataque iba a través de la Casa de Campo hasta el Puente de los Franceses para entrar en Madrid por el norte, por la Moncloa, donde estaba situada la Cárcel Modelo como hemos señalado. En el primer momento Miaja y Rojo creyeron, en efecto, que el ataque principal iba a producirse por el sector señalado que correspondía a las dos columnas que habían venido progresando a ambos lados de la carretera de Andalucía. Aquí Barroso y Tella comprobaron que la resistencia enemiga se había endurecido: los milicianos ya no huían sino que se pegaban al terreno y resistían muy valerosamente. También Yagüe, al penetrar en la zona boscosa de la Casa de Campo, pudo comprobar que la capacidad de reacción aumentaba.

En la tarde del día 7 de noviembre[21] la fortuna favoreció a Miaja. Entre los efectos personales de un oficial muerto en un carro de combate, se encontraba la orden de operaciones de Varela: a toda prisa pudo trasladar parte de sus efectivos a la línea formada por el Parque del Oeste, la Ciudad Universitaria y la carretera de Húmera. Se arreció en la propaganda anunciando la victoria. En la mañana del 8 los comunistas celebraron un mitin en el Monumental Cinema de Cuatro Caminos: hablaron Carrillo y Dolores Ibarruri e insistieron en lo mismo, atronando con sus aclamaciones a Rusia por la ayuda magnífica que estaba prestando al pueblo español en su lucha contra el fascismo. Este día resultó decisivo: los madrileños pudieron contemplar cómo los Katiuska y los «Chatos» dominaban el cielo. Yagüe escaló el vértice de Garabitas pero sólo pudo progresar metro a metro en la Casa de Campo. Durante tres días, del 9 al 11, la batalla se convirtió en una pugna prácticamente sin salida, con desgaste de ambos bandos; Varela estaba recibiendo refuerzos. Pero el 11 Pozas comunicó a Miaja que ya tenía unidades suficientes para pasar a la ofensiva y que se proponía cruzar el Jarama y destruir el flanco sur del enemigo entre Aranjuez y San Martín de la Vega.

Esta gran contraofensiva fracasó porque, inesperadamente, el día 13, fecha pre-

vista, Varela se lanzó al ataque por los dos Carabancheles, rompió la línea enemiga y provocó el pánico: Pozas tuvo que acudir a taponar la brecha librando terribles combates en Puente Nuevo. Pero al final de la jornada los «nacionales» no sólo conservaban sus líneas en el flanco sur sino que habían conseguido adelantarlas. Hubo una especie de jornada de descanso, el 14, porque ambas partes necesitaban tomar aliento, reparar sus heridas, reordenar refuerzos. Buenaventura Durruti desfiló por las calles de Madrid con su columna de milicianos anarquistas venidos desde Barcelona. La ciudad se cubrió de grandes carteles de alabanza a la URSS con retratos de Lenin y Stalin cubriendo los principales monumentos. Cualquier observador poco informado hubiera llegado entonces a la conclusión, que la propaganda soviética alentaba, de que era el futuro de la revolución comunista universal el que se hallaba en juego.

A pesar de todo el 15 de noviembre de 1936 los «nacionales» cruzaron el Manzanares penetrando en la Ciudad Universitaria: se estaba cumpliendo, con retraso, el primitivo plan de operaciones. Yagüe sometido a un esfuerzo por encima de todo límite sufrió entonces una brusca caída de tensión sanguínea, se desmayó y hubo de ser retirado del frente. García Escámez tomó su puesto; era inevitable que los combatientes, entre los que el africano falangista gozaba de un prestigio carismático, se viesen afectados muy gravemente. Ahora se trataba de penetrar en Madrid descendiendo por la calle de la Princesa hasta la plaza de España, desbordando así la línea defensiva que Miaja tenía en el paseo del Pintor Rosales. En la plaza de España había un enorme cañón, más espectacular que útil, al cual llamaban «el abuelo».

El 16 los dos bandos pasaron al ataque: se trataba para Miaja de eliminar la cabeza de puente de la Ciudad Universitaria y para Varela de ampliarla. Los «rojos», con la columna Durruti al frente, fracasaron: sus enemigos se instalaron en la Casa de Velázquez y la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Desde el punto de vista de la más elemental estrategia militar se trataba de posiciones absurdas, a pesar de lo cual sus ocupantes se empecinaron y, el 17, ocuparon el Clínico. Los edificios de la Ciudad Universitaria, algunos todavía sin concluir, eran montones de ruinas entre los que los combatientes se parapetaban para combatirse a distancias muy cortas. Durruti culpó del fracaso a la indisciplina de los milicianos. Pero era difícil admitir que tal fracaso existiera. En todo el frente los atacantes estaban frenados y, si se empeñaban en continuar aquella batalla, contando con fuerzas inferiores, se exponían a perder su Ejército y, con él, la guerra.

**4.** Llegó así la mañana del 23 de noviembre de 1936. Miaja había dado al olvido la estrategia inicial de una resistencia limitada: ya no se trataba de ganar tiempo hasta que el nuevo Ejército estuviese dispuesto sino de organizar la defensa permanente de Madrid porque la capital podía y debía ser mantenida. Decidió proceder a una intensa y acelerada obra de fortificación en todo un arco, frente al enemigo que, si pretendía seguir avanzando, iba a ser destruido. Este arco de trincheras, blocaos y nidos de ametralladora comenzaba en Peña Grande, cruzaba la Dehesa de la Villa hasta la colonia del Metropolitano, rodeaba el Clínico, donde ya se estaba luchando como topos, y por Reina Victoria descendía a Isaac Peral, Rosales y la plaza de España. Un entusiasmo de victoria había sustituido al pesimismo escéptico del 7 de noviembre. La fama de Miaja creció hasta convertirle prácticamente en el principal general de la República.

Esa misma mañana, en el cuartel de Ferrocarriles de Leganés, Franco, Mola, Saliquet y Varela, con sus respectivos Estados Mayores, celebraban una reunión para tomar una decisión verdaderamente trascendental; suspender el ataque a Madrid. Se reconocía, como razones fundamentales que dictaban esta conducta, las siguientes: el enemigo contaba con efectivos muy superiores y era absurdo pensar que se podía lograr la conquista de la ciudad; la defensa, reorganizada, había adquirido tal capacidad que no era posible alcanzar los objetivos fijados; esta superioridad era debida a la llegada de material ruso, lo que exigía un esfuerzo semejante en los aprovisionadores alemanes e italianos; las Brigadas Internacionales obligaban a renunciar a la idea inicial de no admitir unidades de voluntarios.

Terminaba de este modo la batalla de Madrid. Hubo, en los mandos nacionales otra decisión impuesta por Franco: no se abandonaría ninguna de las posiciones adquiridas, ni siquiera aquellas que, en buena lógica, hubieran debido evacuarse. La Guerra Civil española revelaba algunos de sus perfiles psicológicos y propagandísticos más notables: la Pasionaria hablaba de «no pasarán». Franco, sin decirlo, practicaba este mismo principio, alegando que nada podía inducir más al desconcierto del adversario que esa convicción de que jamás podrían recobrar ni un centímetro del suelo que perdiesen. Se debía pasar, en Madrid, a una guerra de posiciones que impidiese también a Miaja desprenderse de aquellos soldados, aquellas unidades y aquel material que eran los mejores.

Durante la batalla hubo gran nerviosismo en todas partes. Al tenerse noticia de que el Gobierno había huido a Valencia, Esquerra Republicana, según informó el cónsul de Italia en Barcelona, propuso que Cataluña se convirtiera en protectorado francés, a fin de salvar de este modo su independencia.[22] Mussolini advirtió al Gobierno francés que de ningún modo estaba dispuesto a tolerar una extensión de sus fronteras hasta el Ebro. El resultado final permitió, entre otras cosas, establecer un compás de espera.

La decisión firmada por Franco el 19 de diciembre de 1936 indicaba la nueva fase de las operaciones: se iban a intentar grandes avances por los dos flancos de Madrid, a la izquierda la carretera de La Coruña y a la derecha rompiendo el frente del Jarama. Después, podría lanzarse el ataque por Guadalajara.[23]

[47] Mucha fantasía rodea el episodio. Por ejemplo la versión que da H. Thomas, *op. cit.*, pp. 548-549, procede de la que Luis Portillo publicó en la revista *Horizon* y que fue incorporada al libro de Cyril Connolly, *The Golden horizon*, Londres, 1953, p. 397 y ss., y es absolutamente errónea. Por ejemplo coloca el discurso de Millán Astray antes del rector y en boca de este último injurias para el general mutilado.

[48] Así lo hizo R. de La Cierva en la segunda edición de su *Francisco Franco*, III, p. 40.

[49] En una carta de Millán Astray al padre de Alfonso Paso, que este último publicó en *El Alcázar* (28 de octubre de 1970) explicaba el general: «me fastidió tanto su supuesta superioridad y su afán de hacernos comulgar con ruedas de molino, que no pude remediarlo y dije textualmente: si esto es inteligencia, muera la inteligencia. Pero se ha quedado sólo la última parte».

[50] Felipe Ximénez de Sandoval en un artículo en *El Pie* (diciembre de 1971) afirma que estuvo presente y vio los gestos de Pemán y Sainz Rodríguez.

[51] Una magnífica síntesis del episodio se ofrece en J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, IV, pp. 1.492-1.496. Pemán publicó en *ABC* el 26 de noviembre de 1964 un artículo haciendo precisiones: insiste en que en ningún momento se produjeron las tensiones y dramatismos que se han pretendido.

[52] No tenemos precisión de la fecha de las entrevistas de Unamuno con Franco, que éste comentó con su primo el general ayudante. Habiendo llegado el Generalísimo a Salamanca el 3 de octubre no es verosímil más de una audiencia entre ese día y el 12. Cesar Real de la Riva, discípulo de Unamuno y editor de sus obras, asegura que algunas audiencias fueron después. Refiriéndose a don Miguel dijo Franco que «Unamuno era persona correcta y de gran valía». Pidió al Generalísimo que no bombardeasen Bilbao, donde tenía dos casas, y Franco le prometió extremar sus órdenes para evitar daños. En otra ocasión Unamuno, recurriendo a una imagen literaria, dijo que ya no recordaba el Padre Nuestro. Franco, no sin astucia, le repitió que le extrañaba mucho en una persona como él la falta de memoria. F. Franco-Salgado, *op. cit.*, pp. 168-169.

[53] El artículo de Luis Araquistáin se publicó en *El Diario* de Nueva York el 1 de julio de 1958. Franco lo conservó en su poder.

**Notas al Capítulo 19.**

[1] Á. Viñas, *Guerra...*, p. 171. Este contrato no produjo, como indicamos con anterioridad, los efectos esperados: la falta de unidad política en el bando republicano se traducía en el exterior en una proliferación de comisiones y grupos de compras, con despilfarro de los fondos. Al final, Giral y Largo Caballero dependieron excesivamente de los suministros soviéticos.

[2] Los únicos créditos disponibles en 1936 eran el concedido por la Sociedad General de Comercio, Industria y Transportes de Lisboa, por un importe de 13,5 millones de pesetas y el de 1.200.000 dólares otorgado por la Compañía de Tabacos de Filipinas. Á. Viñas, *Guerra...*, p. 188.

[3] Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 189-191.

[4] Pub. facsímil en *Documentos*, I, pp. 92-96.

[5] No está muy clara la cuestión de cuándo ni dónde nació la idea de formar un ejército internacional de voluntarios para intervenir en la guerra de España. Hugh Thomas, *op. cit.*, p. 477 y ss., entiende que Maurice Thorez tuvo parte importante en la iniciativa y que Josip Broz (futuro mariscal Tito) y Luigi Longo estaban más interesados en formar un verdadero ejército rojo para emplearlo en sus propios países que en salvar la República. Aunque se admitieron no comunistas hubo una decisión clara de que el Partido controlara las fuerzas que se constituyesen.

[6] J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, p. 363.

[7] J. y R. Salas Larrazábal, *op. cit.*, pp. 396-398.

[8] Indalecio Prieto afirma que sufrió sorpresa e indignación al enterarse del envío del oro, ya que no había sido informado. Aunque las cantidades exactas no se conocieron hasta que

la familia del doctor Negrín entregó al Gobierno de Franco todos los resguardos –sobre esto trataremos en su lugar oportuno– los datos proporcionados por L. Bolín, *op. cit.*, pp. 395-402, demuestran que el valor de las exportaciones sí era conocido. Sobre esta cuestión sigue siendo imprescindible Á. Viñas, *El oro español en la guerra civil*, Instituto de Estudios fiscales, Madrid, 1976, pp. 203-206.

[9] Las Actas del Banco de España, publicadas en *Documentos*, I, pp. 46-71, la última de las cuales es de 6 de noviembre de 1936, cuando ya no quedaba nada, hablan sólo de depósitos en Francia y no mencionan la URSS.

[10] Á. Viñas, *Guerra...*, pp. 172-174.

[11] La descripción del caos y terror madrileños ha sido hecha por cuatro autores que de ninguna manera pueden ser considerados como proclives al franquismo: Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, I, París, 1968; Arturo Barea, *La llama*, Buenos Aires, 1958; Robert Colodny, *El asedio de Madrid*, París, 1962, y G. Brenan, *El laberinto español*, París, 1962. Ver especialmente R. Casas de la Vega, *Madrid el terror 1936*, Ed. Fénix, Madrid, 1997.

[12] Aquí seguimos especialmente a J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1982 y a J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra...*, p. 386 y ss.

[13] H. Thomas, *op. cit.*, pp. 468-469 y 493.

[14] J. M. Martínez Bande, «La batalla de Madrid», en *Historia y Vida* Extra, núm. 1, Madrid, 1974, pp. 16-29 y 38.

[15] Vicente Rojo se encontraba accidentalmente en Madrid el 18 de julio y acudió a ponerse a las órdenes del Gobierno. Era un moderado, pero no había demostrado nunca tendencias políticas ni, durante la guerra, las demostró tampoco: por eso cuando fue a negociar con los sitiados en el Alcazar éstos le invitaron a sumarse a ellos. El Gobierno de la República supo apreciar su capacidad militar y le ascendió. Al final de la guerra sería teniente general, un rango que había sido abolido con la reforma de Azaña pero que hubo de ser restablecido para casos como el suyo. Recientemente Alonso Baquer ha formulado la opinión de que su ciencia, demasiado teórica, resultaba menos adecuada que el pragmatismo de Franco para la Guerra Civil: Rojo creyó siempre que la guerra podía decidirse en una sola acción resolutiva y Franco mediante el desgaste del adversario. No olvidemos que el segundo triunfó. Tras la contienda, exiliado en Méjico, escribió un importante libro de recuerdos. *España heroica. Diez bocetos de la guerra española.* En 1957 solicitó y obtuvo permiso para regresar a España.

[16] Franco sostuvo, veinte años después, que la intervención rusa le había obligado a modificar aquella actitud inicial –«queríamos armas y no personal»– admitiendo una participación de soldados que, según él, no deseaba. «La ayuda comunista (habían pasado 2.000 comunistas voluntarios por la frontera catalana) y los tanques rusos en Seseña (detuvieron) el ejército de la Victoria. La vanguardia (tuvo que) apoyarse en el río (Manzanares) y traer el foso entre los tanques y los antitanques». «Ante aquella avalancha tuvo que abrirse la admisión de voluntarios, más simbólicos. (De este modo) comprometíamos a Italia y Alemania. Demostrábamos al mundo que no estábamos solos». Las instrucciones a Canaris del 30 de octubre han sido mencionadas. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 86-87.

[17] El 31 de enero de 1937 García Oliver pronunciaría un discurso justificando las violencias de los primeros momentos de la guerra. «Todo el mundo administraba justicia. Ha habido quien la llamaba "paseo". Yo digo que era la justicia administrada directamente por el país, por el pueblo, en ausencia absoluta de los órganos de justicia tradicional que habían fracasado». H. Thomas, II, pp. 584-585. Es significativo el razonamiento pues García Oliver desplegó una política encaminada precisamente a lo contrario, evitar los asesinatos. Nadie, en ninguna de las dos zonas, se atrevía a protestar de las violencias.

[18] Hay dos testimonios en mi opinión irrefutables acerca de este punto: Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Madrid, 1964, pp. 390-391 y *El Diario de la guerra de España de Mikhail Koltsov*, París, 1963, p. 168 y ss. Paracuellos, según este mariscal soviético, víctima después de Stalin, fue una operación de guerra perfectamente planeada.

[19] El número y calidad de las víctimas aparece en la *Causa General sobre la dominación roja en España*, Madrid, p. 384 y ss., y se confirma con documentación conservada en el

AHN. R. de La Cierva, «La matanza de Paracuellos» en *La Historia se confiesa*, III, Barcelona, 1978, pp. 24-28, y Ian Gibson, *Paracuellos: como fue*, Barcelona, 1983, proporcionan desde ángulos muy diferentes noticias de gran importancia. Ambos coinciden en señalar a Santiago Carrillo como responsable principal, mientras que este último lo niega arrojándola sobre Muñoz y sobre Segundo Serrano Poncela.

[20] J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra...*, p. 416. A las víctimas no se ocultó en ningún momento cuál era el destino que les aguardaba. Muchas de ellas murieron rezando, convencidos de que su condición de católicos era la causa fundamental. Pero la explicación dada por Carrillo resulta inequívoca: se trataba de una operación de exterminio previo de posibles enemigos en el momento del asedio.

[21] Seguimos puntualmente a J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, pp. 289-350.

[22] El cónsul italiano avisó directamente al Duce y no a Franco. Mussolini convocó al cónsul francés en Roma a su despacho para advertirle que en este caso Italia no permanecería indiferente. La ocupación de Cataluña figuró en determinados momentos como proyecto francés. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 104-105.

[23] La orden publicada por J. M. Martínez Bande, *La marcha...*, pp. 263-264.

**Notas al Capítulo 20.**

[1] H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 539-541, insiste mucho en este aspecto: las tres operaciones del invierno fueron batallas de desgaste y como tal deben ser consideradas. Por ejemplo la desaparición del batallón Thaelmann de voluntarios comunistas alemanes fue un hecho de gran relieve.

[2] Antes de responder a esta demanda, Hitler decidió consultar a su aliado italiano por qué no quería aventurarse sólo en la empresa, W. von Oven, *op. cit.*, pp. 358-359. En la entrevista que von Neurath celebró el 21 de octubre de 1936 con el conde de Ciano, éste le dio cuenta de la opinión de Mussolini acerca de que Franco no podría ya ganar la guerra si no le enviaba un cuerpo de soldados italianos. El menosprecio hacia los dirigentes españoles fue constante y de gran importancia.

[3] Franco Nogueira, *op. cit.*, III, pp. 27 y 45-48.

[4] La obra fundamental acerca de la Legión Cóndor es la de J. Salas Larrazábal, *La guerra española desde el aire*, Barcelona, 1972, que ha sido traducida al alemán y al inglés; debe completarse con su *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, 1974. El propio autor ha resumido para la *Historia General de España y América* de Rialp, tomo XVII, sus principales conclusiones.

[5] W. von Oven, *op. cit.*, pp. 548-557.

[6] Sobre la opinión italiana ver J. Tusell y G. García, *Franco y Mussolini*, p. 15 y ss.

[7] Franco Nogueira, *op. cit.*, III, p. 69.

[8] De alguna manera la Embajada norteamericana en Berlín tuvo información de lo que se preparaba. Hizo a su Gobierno una advertencia. Desde aquel momento, mediado el mes de noviembre de 1936, Hitler y Mussolini se habían comprometido a dar la victoria a Franco; un fracaso de éste sería su propia derrota. John F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 125-126.

[9] Telegrama de 17 de noviembre en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 92-93.

[10] Este disgusto era atribuido por Kindelán, en carta a Franco del 26 de noviembre, pub. por Franco-Salgado, *Mis conversaciones...*, p. 441, al hecho de que Ramón Franco, comunista y masón, hubiera sido ascendido y puesto al frente de la base de Palma por ser hermano del Jefe del Estado.

[11] Faupel no tenía título todavía de embajador sino de «representante diplomático». Nota del 18 de noviembre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 95.

[12] R. de La Cierva, *Franco*, p. 193.

[13] En sus memorias Largo Caballero dice que la noticia del fusilamiento llegó cuando aún el Gobierno estaba discutiendo sin llegar a una solución, pues las opiniones eran encontradas, Stanley G. Payne, *Falange*, p. 114. Azaña, por su parte, se excusa diciendo que él no podía hacer nada porque estaba en Barcelona en la impotencia. Si estas afirmaciones